

JAVIER G. GAVIRA

*Los secretos del
reino prohibido*

Un thriller histórico



MASCARÓN
DE PROA

© JAVIER G. GAVIRA, 2026
© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2026

Parque Logístico de Córdoba
Crta. Palma del Río, Km 4
C/8, Nave L2, módulos 6-7, nº 3
14005 - Córdoba

Primera edición: julio, 2026

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

EDITORIAL MASCARÓN DE PROA • Colección Ficción
Director editorial: JAVIER BARBERO

www.editorialmascarondeproa.com
mascarondeproa@almazaralibros.com

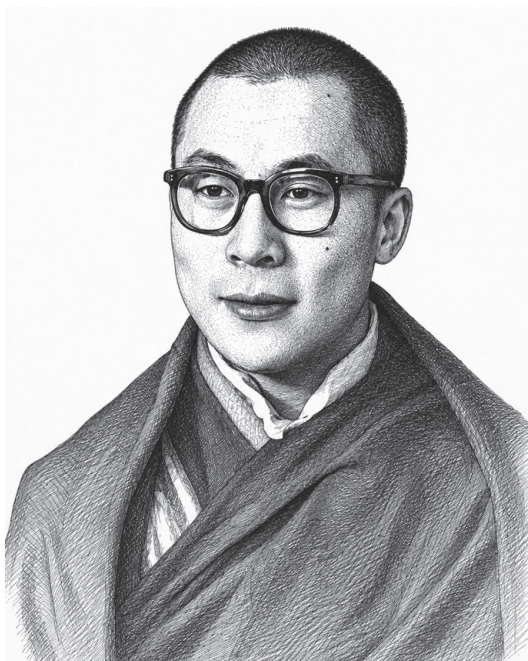
Imprime: Podiprint

ISBN: 979-13-70205-37-9

Depósito Legal: CO-1336-2026

Hecho e impreso en España - Made and printed in Spain

*«Inspirada en la historia más desconocida de Tenzin Gyatso,
el XIV Dalái Lama»*



Recreación del joven XIV Dalái Lama en 1956



Tíbet antes de la invasión: U-Tsang, Amdo y Kham



Región Autónoma del Tibet bajo la dependencia de China, compuesta esencialmente solo de la antigua provincia de U-Tsang

REPARTO DE PERSONAJES (DRAMATIS PERSONAE)

I. PROTAGONISTAS Y FIGURAS CLAVE

- **Tenzin Gyatso (Histórico):** XIV Dalái Lama. También llamado *Kundun* o *Lhamo Dhondup*. Líder espiritual y temporal del Tíbet.
- **Angi (Ficticio):** Joven occidental y criptógrafa. Testigo principal del complot descubierto por la protagonista, el Proyecto Cuervo Negro, eje narrativo de la novela.
- **Geshe Tenzing (Ficticio):** Monje erudito y mentor de Angi. Actúa como su protector y guía espiritual.
- **Kaspar Malik (Ficticio):** Agente de inteligencia chino/soviético. El rostro implacable tras la ejecución del Proyecto Cuervo Negro.
- **Lord Chambelán Phala (Histórico):** Jefe de los asistentes del Dalái Lama y cerebro organizador de su huida a la India en 1959.

II. EL LINAJE Y LA RESISTENCIA TIBETANA

- **Gompo Tashi Andrugtsang (Histórico):** Fundó el ejército guerrillero Chushi Gangdruk. Durante el Levantamiento de Lhasa en 1959, el *Chushi Gangdruk* fue la fuerza *khampa* fundamental que combatió para asegurar la ruta de escape del XIV Dalái Lama hacia la India. Contuvieron a las patrullas chinas, aseguraron los altos pasos del Himalaya y protegieron a la comitiva en condiciones extremas de altitud y frío. A finales de 1958, los guerrilleros libraron intensos combates

para hacerse con el control de la estratégica región de Lhoka, al sur del río Tsangpo. Lograron asediar guarniciones chinas, aislar sus líneas de suministro y establecer una base de operaciones casi inexpugnable.

- **Lama Karma Zopa (Ficticio):** Maestro depositario de la resistencia espiritual y figura clave en los capítulos finales de la huida.
- **Thubten Jigme Norbu (Histórico):** Taktser Rinpoché. Hermano mayor del Dalái Lama y activista por la libertad.
- **Ngabo Ngawang Jigme (Histórico):** Gobernador de Chamdo y firmante del Acuerdo de los Diecisiete Puntos para la Liberación Pacífica del Tíbet. Figura central en la transición política.
- **Reting Rinpoché (Histórico):** El Regente que lideró la búsqueda de la reencarnación del actual Dalái Lama.
- **Panchen Rinpoché (10.º) (Histórico):** Segunda autoridad religiosa del Tíbet; su relación con Pekín genera una constante tensión política.
- **Ragasha (Ragashar) (Histórico):** Ministro del *Kashag* y Comandante del Ejército, representante de la aristocracia dividida.
- **Norbu y Dorje (Ficticio):** Monjes que acompañan a Angi en su peligrosa travesía hacia el exilio.
- **Nyima (Ficticio):** Personaje de lealtad ambigua que genera intriga dentro de las filas tibetanas.
- **Lobsang, Tashi y Jigme (Ficticio):** Monjes que simbolizan la resistencia, la formación y el sufrimiento del pueblo bajo la invasión.

III. LA ADMINISTRACIÓN Y EL EJÉRCITO CHINO

- **Mao Zedong (Histórico):** Líder supremo del Partido Comunista Chino y fundador de la República Popular.
- **Chen Boda (Histórico):** Secretario personal de Mao e ideólogo principal del Proyecto Cuervo Negro.
- **Zhou Enlai (Histórico):** Primer ministro y arquitecto de la diplomacia de «liberación pacífica».
- **General Zhang Guohua (Histórico):** Comandante del 18.º Ejército y líder de la entrada de las tropas chinas en Lhasa.
- **General Tan Guansan (Histórico):** Representante militar en Lhasa en 1959, cuyas acciones detonaron la revuelta final.
- **Deng Xiaoping (Histórico):** Responsable de supervisar la administración inicial y la invasión desde la Oficina del Suroeste.
- **Geshe Sherab Gyatso (Histórico):** El «Erudito Rojo». Intelectual monástico que intentó conciliar el budismo con el comunismo.

IV. OTROS PERSONAJES HISTÓRICOS

- **Jawaharlal Nehru (Histórico):** Primer ministro de la India, pieza clave en la concesión del asilo político.
- **Thubten Gyatso (Histórico):** XIII Dalái Lama. Predecesor que declaró la independencia tibetana en 1912.
- **Zhang Jingwu y Fan Ming (Histórico):** Altos representantes y generales chinos en el Tíbet.
- **Loy W. Henderson (Histórico):** Embajador de EE. UU. en la India hasta mediados de 1951 presionó fuertemente a Washington para armar a la resistencia tibetana
- **Chester Bowles (Histórico):** Sustituyó al anterior en 1951. Coordinó a sus agentes de la CIA para entrenar a guerreros

tibetanos *khampas* en tácticas avanzadas de guerrilla, sabotaje, paracaidismo, lectura de mapas, armamento moderno y, muy especialmente, en el uso de equipos de radiotransmisión, suministro clandestino de armamento y apoyo logístico para la resistencia hacia 1958 en *Camp Hale* en las Montañas Rocosas de Colorado EE. UU. en una amplia operación encubierta de la CIA conocida como Operación *ST CIRCUS*.

Índice

Capítulo 1. La sombra del dragón	21
Capítulo 2. La semilla de la rebeldía	27
Capítulo 3. El gran dilema: negociar o resistir	39
Capítulo 4. Autoexilio en Oxford	45
Capítulo 5. La invasión del Tíbet: un reino en la encrucijada	53
Capítulo 6. El expreso a Siliguri.....	61
Capítulo 7. El trono del león: el peso del destino	71
Capítulo 8. El Monasterio de la Niebla.....	75
Capítulo 9. La lengua negra	81
Capítulo 10. El sutra del diamante	87
Capítulo 11. Las órdenes de Tian Bao	99
Capítulo 12. Mil ojos en la nieve	105
Capítulo 13. La primera flecha	113
Capítulo 14. Vivos o muertos.....	121
Capítulo 15. El paso de la muerte.....	127
Capítulo 16. Fuego en la frontera	133
Capítulo 17. Convergencia	139
Capítulo 18. El encuentro.....	147
Capítulo 19. El sello del dragón.....	151
Capítulo 20. El eco de la traición	159
Capítulo 21. Guardianes de la memoria	165
Capítulo 22. La senda incierta	173
Capítulo 23. La cueva del naga y las enseñanzas secretas del Lama Molan	179
Capítulo 24. Hacia el corazón de la resistencia.....	185
Capítulo 25. El juego de las potencias.....	189
Capítulo 26. El paso de Marlung	197
Capítulo 27. Entre la sabiduría y el futuro. La encrucijada tibetana.....	203
Capítulo 28. La sombra del Potala.....	209

Capítulo 29. El umbral y la promesa.....	215
Capítulo 30. Pekín. El juego del Gran Timonel.....	221
Capítulo 31. La trampa diplomática	229
Capítulo 32. La sombra en el tren	235
Capítulo 33. La sombra en el Potala.....	239
Capítulo 34. El cuervo golpea	249
Capítulo 35. El rescate de Geshe Tenzing.....	257
Capítulo 36. Lhasa: el gambito del Dalái Lama	267
Capítulo 37. Las sombras de la reforma	275
Capítulo 38. La encrucijada del Dalái Lama en la India	283
Capítulo 39. El tercer jugador	289
Capítulo 40. El precio de la alianza	295
Capítulo 41. Los guerreros del león de las nieves.....	301
Capítulo 42. El juramento de los cuatro ríos y las seis montañas	307
Capítulo 43. La ciudad de la pólvora	311
Capítulo 44. Lhasa al borde del abismo y el objetivo de Malik	315
Capítulo 45. Lhasa en llamas	321
Capítulo 46. El oráculo de Nechung.....	325
Capítulo 47. La evasión y la tormenta	331
Capítulo 48. El río de la felicidad	335
Capítulo 49. La serpiente de sombras	339
Capítulo 50. El corazón helado del mundo.....	343
Capítulo 51. Cruce del dragón de agua: el Yarlung Tsangpo	349
Capítulo 52. El último bastión.....	353
Capítulo 53. Khenzimane.....	359
Capítulo 54. El santuario de Tawang.....	365
Capítulo 55. Lhasa. Angi en el corazón de la tormenta.....	369
Capítulo 56. Las ruinas de Lhasa	375
Capítulo 57. El juicio blanco del Himalaya.....	379
Capítulo 58. El camino de la memoria y la esperanza rota.....	385
Capítulo 59. La voz del exilio	391

Capítulo 60. El eco del nobel	395
Epílogo	399
Post scriptum	401
Agradecimientos.....	403
Nota del autor	405
Nota bibliográfica	407
Breve información	409

A Ana, mi mujer, por su paciencia infinita y su amor incondicional; el faro que siempre me trajo de vuelta a casa mientras yo me perdía en las cumbres del Himalaya.

A todos los que perdieron su hogar sin perder su camino.

A quienes siguen pronunciando el nombre de su tierra como una oración, incluso cuando ya no la recuerdan con los ojos, sino con el alma.

CAPÍTULO 1. LA SOMBRA DEL DRAGÓN

*Monasterio de Kumbum, Región de Amdo (Frontera noreste del
Tíbet con China)*

Principios de 1950

La radio de campaña chisporroteó dentro de la tienda militar, plantada a pocos metros de los muros sagrados de Kumbum. Afuera, el viento del norte azotaba la lona y hacía restallar las banderas de oración como látigos en la tormenta.

Pero aquella tarde el verdadero frío no venía del viento.

Tian Bao se ajustó los auriculares y habló hacia el transmisor:

—Aquí Leopardo de las Nieves. Enlace establecido.

Su mandarín era impecable, aunque el acento tibetano todavía raspaba las consonantes.

Durante unos segundos, solo hubo estática. Luego una voz surgió desde el otro lado de las montañas. Grave. Controlada. Reconocible incluso a través del metal y la distancia.

—Informe, camarada Sangye.

Tian Bao se enderezó instintivamente.

Era Deng Xiaoping.

Comisario político del Buró del Suroeste. El hombre encargado de diseñar la entrada de la nueva China en el Tíbet.

—El objetivo está aislado en Kumbum, camarada comisario —dijo Tian Bao—. Sus consejeros dudan. Tienen miedo de Lhasa y tienen miedo de nosotros. Pero el miedo a nosotros es más reciente.

Una ráfaga hizo vibrar la lona de la tienda. El aire olía a tabaco barato, lana húmeda y ozono.

Sobre la mesa plegable, junto a la radio soviética de carcasa verde oliva, un mapa del Tíbet se combaba bajo el peso de una taza de té frío. Una línea roja atravesaba el Yangtsé como una cicatriz reciente.

—El miedo es una herramienta —dijo Deng—. No una estrategia.

La voz llegó con una ligera distorsión metálica:

—No queremos entrar en el Tíbet matando monjes, Sangye. Eso es sucio. Y caro. Pekín quiere que nos inviten a entrar. ¿Entendido?

—Entendido.

Deng continuó.

—Tú eres uno de ellos. Tienes su sangre, pero tienes nuestra mente. Úsalo. No quiero que conquistes el monasterio. Quiero que lo seduzcas.

Tian Bao miró hacia la entrada de la tienda. A través de la lluvia fina se adivinaban los tejados dorados del monasterio de Kumbum elevándose sobre el valle.

Un santuario de ladrillo cocido y madera de sándalo que llevaba siglos resistiendo al viento del norte.

—Si el Panchen Lama pide la liberación —continuó Deng—, el XIV Dalái Lama parecerá un títere de los imperialistas británicos. Y nosotros seremos los hermanos mayores que regresan a casa.

Tian Bao pasó un dedo sobre la línea roja del mapa.

—¿Y si la seducción falla?

Al otro lado de la radio, se oyó el chasquido de un encendedor.

—El general Zhang Guohua tiene cuarenta mil hombres impacientes en la frontera —respondió Deng con calma—. Si la seducción falla... comenzará la violación. Asegúrate de que firmen ese telegrama hoy.

La transmisión terminó con un clic seco.

Durante un instante, solo quedó el viento.

Tian Bao se quitó los auriculares y observó sus manos. Eran manos tibetanas, curtidas por el sol del altiplano. Manos nacidas entre el polvo de Kham, hechas para contar cuentas de oración o desollar un yak bajo la nieve.

Ahora servían a un dragón rojo.

Se volvió hacia la penumbra de la tienda. Un hombre vestido con hábitos granates de monje permanecía inmóvil desde el inicio de la transmisión. Su quietud no era la de un asceta, sino la de un cazador.

Tian Bao se sacudió el polvo de las manos.

—El comisario Deng quiere asegurar el norte con tinta —dijo—. Nosotros aseguraremos el sur con veneno.

El falso monje dio un paso al frente. Tian Bao le entregó un pequeño sobre lacrado.

—Activa a la célula «Sombra Roja» en Sikkim. Vuestro destino es el monasterio de Pemayangtse. Hay un bibliotecario, el lama Samyan, que está escarbando donde no debe.

El agente asintió.

—Siléncialo antes de que encuentre lo que busca. Que parezca natural. Un fallo cardíaco durante el sueño bastará.

—Entendido, camarada.

Tian Bao lo observó un instante más.

—Después iréis a Lhasa.

El monje falso no dijo nada.

—Infiltros en el círculo interno del Potala —continuó Tian Bao—. Si el Dalái Lama intenta huir o convertirse en símbolo de resistencia fuera de nuestro control, neutralizadlo. Vivo es útil. Mártir es peligroso. Pero libre... es inaceptable.

El agente inclinó la cabeza y salió de la tienda.

El viento lo devoró.

Una hora más tarde, la amenaza ya había cruzado los muros de Kumbum.

El monasterio se alzaba en la hondonada del Valle del Loto, rodeado por colinas suaves que lo protegían como pétalos cerrados. Desafiaba la pobreza de la región con sus tejados dorados, sus patios empedrados y sus muros de ladrillo cocido.

En la entrada, ocho estupas blancas vigilaban el camino de las caravanas que venían de China.

No solo bendecían el camino.

También advertían al viajero de que entraba en un lugar donde la fe era más dura que la roca.

En el interior, el aire estaba impregnado de humo de enebro y mantequilla de yak rancia. Las columnas lacadas en rojo absorbían

aquella mezcla desde hacía siglos. Era un laberinto de sombras, murmullos y lámparas de mantequilla.

Un lugar donde el frío del exterior nunca terminaba de irse del todo.

En los aposentos de Ngulchu Rimpoché, Tian Bao permaneció de pie. Había cojines de seda preparados para los visitantes, pero él prefirió quedarse junto a la ventana, bloqueando la luz que entraba desde el patio.

Su sombra cubría el escritorio.

Llevaba el uniforme gris del Ejército Popular de Liberación, sin insignias. Solo la pistola Mauser al cinto.

Ngulchu Rimpoché hacía girar lentamente un rosario de cuentas de hueso entre los dedos.

Clic. Clic. Clic.

—Es una locura —murmuró finalmente—. Pedirle a Mao que invada nuestra propia tierra... —No levantó la mirada—. Lhasa nos declarará traidores. Nos excomulgarán.

—Lhasa ya os ha olvidado —dijo Tian Bao con suavidad.

Ngulchu levantó la vista.

—Lleváis años exiliados aquí —continuó Tian Bao—, mientras el regente Taktra gobierna desde el Potala como si el Panchen Lama no existiera. —Se inclinó sobre la mesa—. Para ellos no es una encarnación divina. Es un rival político.

—Pero son tibetanos.

—Yo también soy tibetano.

Tian Bao apoyó los nudillos sobre el telegrama.

—Nací en Kham. Comí *tsampa*. Bebí té con mantequilla antes de aprender a disparar. Y por eso sé algo que Lhasa todavía no entiende.

Ngulchu lo miró fijamente.

—¿Qué cosa?

—Que el mundo ha cambiado.

Desde el patio llegaba el sonido rítmico de botas marchando.

—He hablado con el comisario Deng hace una hora —continuó Tian Bao—. El Ejército Popular no es una banda de bandidos. Es una marea. —Se enderezó—. Si os oponéis... os aplastará.

Ngulchu dejó de mover el rosario.

—¿Qué nos ofreces?

Tian Bao abrió las manos.

—Supervivencia. —Luego añadió—: Y venganza.

El consejero guardó silencio.

—Si enviáis este cable —continuó Tian Bao—, el Panchen Lama regresará a Shigatse como patriota. Pekín lo reconocerá como líder espiritual a la par del Dalái Lama. —Miró al monje—. Tendréis soldados. Dinero. Poder.

Ngulchu observó el documento. Las palabras eran simples: «Solicitamos al presidente Mao la liberación del Tíbet para expulsar a los imperialistas».

—¿Y si nos negamos?

Tian Bao sonrió con tristeza.

—Entonces el décimo Panchen Lama tendrá una reencarnación muy prematura.

Sacó una pluma estilográfica del bolsillo y la dejó rodar sobre la mesa. El sonido metálico resonó como un disparo.

—Firma. O reza. —Le sostuvo la mirada—. Pero elige rápido.

Momentos después, en sus aposentos privados, el joven Panchen Lama contemplaba el mapa desplegado sobre la mesa de sándalo.

Apenas era un muchacho. Pero tenía la mirada de un anciano.

La puerta se abrió y entró Ngulchu Rimpoché con el telegrama en la mano.

—Las divisiones 18 y 62 del Ejército Popular de Liberación están tomando posiciones en el Yangtsé —dijo—. Mao lo llama «liberación pacífica».

El muchacho no respondió. Miró hacia el patio inferior. Soldados chinos limpiaban sus fusiles bajo la lluvia.

Sus protectores. Sus carceleros.

El viento del norte descendía desde las montañas de Kunlun, arrastrando polvo y lluvia helada. Era el visitante más implacable de las tierras altas de Amdo.

Los enebros crecían retorcidos para resistirlo. Los yaks orientaban su lomo contra la ventisca. Kumbum mismo había sido construido como una fortaleza contra ese enemigo invisible.

Pero el Panchen Lama sabía que había fríos contra los que la piedra no servía.

—Si entran en el Tíbet... —murmuró—¿Lhasa luchará?

—Lhasa está ciega —respondió Ngulchu—. El regente Taktra confía en las montañas. Pero las montañas no detienen la artillería moderna. —Bajó la voz—. Tian Bao exige que enviemos este cable a Mao solicitando la intervención. Si lo hacemos, regresaremos a Shigatse como salvadores. Si no...

La frase quedó suspendida en el aire.

El Panchen Lama cerró los ojos. La decisión no era teológica. Era supervivencia.

Cuando volvió a abrirlos, ya había elegido.

—Envía el cable.

Su voz ya no parecía la de un muchacho.

—Diles que el Tíbet espera su liberación.

Afuera, un trueno rodó por el valle.

Sonó inquietantemente como el disparo de un cañón lejano.

CAPÍTULO 2. LA SEMILLA DE LA REBELDÍA

Gibraltar, La Línea, Madrid, Oxford

En la casa de los Ísola-Monreal, el silencio nunca fue una tregua. Era una forma de orden. Un modo de no nombrar lo que podía ponerlo todo en peligro.

Angi Ísola había crecido entre dos mundos que no se hablaban: el de su madre, Mary, gibraltareña, católica y conservadora, con una devoción imperturbable por el deber y el qué dirán; y el de su padre, Tomás —Tom para los amigos en Gibraltar—, un abogado español de origen andaluz, hombre discreto, de pocas palabras pero ideas firmes. Republicano convencido, librepensador, gran lector —muchos de sus libros prohibidos en la España de los cuarenta— y defensor, sin proclamarlo, de la justicia social.

En casa, las historias de la familia de Tom sobre la reciente guerra civil se nombraban poco, pero se respiraban en los gestos. Nunca se hablaba de los muertos, aunque los muertos estuvieran por todas partes. Nunca se pronunciaban sus nombres más de lo estrictamente necesario, y a veces incluso se escapaban en un susurro involuntario; no se recordaban en voz alta sus rostros ni sus gestos, no se repetían sus historias, no se les lloraba como se llora a los muertos en tiempos de paz. No se hablaba de ellos porque seguir vivos después de su muerte era, en sí mismo, una especie de traición.

Angi había crecido con esa ausencia presente, con esos nombres que nunca se decían y que, sin embargo, se quedaban pegados a los muebles de la casa como ese polvo que siempre vuelve aunque uno cierre todas las ventanas.

El abuelo paterno —republicano de los de antes, de luchas obreras y huelgas aplastadas— había muerto en prisión; o, más bien, lo

habían dejado morir allí, que no es exactamente lo mismo, pero casi siempre lo significa. Su tío, fusilado al final de la guerra, había desaparecido de todas las fotografías familiares, borrado con la misma meticulosidad con la que el régimen borraba a los derrotados, dejando incluso un borde blanquecino donde antes estuvo su cara.

El padre de Angi lo contaba sin contar, con ese modo de narrar de quienes han sobrevivido por callar. A veces, sin querer, se le escapaban frases como «no todos pudimos hacer lo que queríamos, pero sí lo que creíamos» o bajaba la voz al hablar de algún amigo desaparecido, como si aún pudieran escucharlo al otro lado de la frontera —la Verja o *focona*, como la llamaban allí—, una costumbre que le venía de los años malos.

Fue entre esos silencios donde Angi empezó a hacerse preguntas —primero pequeñas, luego más grandes— hasta que ya no cupieron en el comedor ni entre los rezos de su madre.

Mary no soportaba que Angi leyera antes de dormir. Decía que las novelas le estaban cambiando la cabeza, que se le iban a secar los sentidos como a esas mujeres de los libros que acaban solas, con gatos y sin marido. Le molestaba en especial una edición gastada de *La señora Dalloway*, que Angi había recibido de una amiga londinense durante el verano.

«Virginia Woolf era una histérica», repetía.

Tampoco toleraba que su hija hablara con admiración de Galdós —«¡Otro republicano más!»— ni de Flaubert, a quien acusaba de «meter ideas raras en la cabeza de las muchachas y escribir sobre una fresca».

Su prima Isabel, que vivía entre La Línea y Gibraltar, y a la que Mary culpaba de todas las ideas nuevas de Angi, le prestaba revistas en inglés sobre el derecho al voto femenino, los salones literarios de Bloomsbury, ropas más atrevidas y mujeres que elegían vivir solas. A veces, Mary encontraba esas revistas entre las sábanas o debajo del colchón y, entonces, en silencio, las rompía y las echaba al brasero sin siquiera mirarlas.

Angi procuraba no dejar sus libros a la vista de su madre; siempre temerosa, siempre dudando si eran legales o ilegales, para mayores o para menores, morales o inmorales... Los escondía en los lugares más insospechados: en una olla grande poco usada, en los bolsillos de los abrigos de invierno, debajo de su vestido de primera comunión, en la maleta sobre el ropero.

—¿Desde cuándo ser lista es una virtud? —decía Mary—. A las mujeres listas nadie las quiere, y mucho menos los hombres.

Una tarde, al descubrir Fortunata y Jacinta, lo lanzó al cubo como si quemara algo peligroso.

—¡Y encima con esa Mauricia, una perdida! —protestó, apartándolo como si contaminara.

Un día, encontró un libro requisado con una foto de Angi y un chico celebrando una competición deportiva; ambos, con un brazo sobre los hombros y una euforia evidente. Entró en su cuarto con los ojos irritados:

—¿Quién es este *aprovechao*? —gritó Mary.

—Mi amigo Daniel. ¿Qué te pasa? —dijo Angi, sobrecogida.

—¡Un niño! ¡Eso me pasa! Un poco más y te mete mano... ¿No ves lo que quiere de ti? ¿Tan tonta eres? Esta foto es indecente. *You look desperate, you hear me, Angi? Look at me when I'm talking to you!* Y eso no lo voy a tolerar en una hija mía. *Are you listening, girl?* —Su madre, cuando se enfadaba, mezclaba el inglés con el español.

La discusión final empezó como tantas otras, pero esta vez no hubo vuelta atrás.

—¡No volverás a ver a ese niño, ¿me oyes?! ¡No permitiré que arruines tu vida como tantas otras! ¡Ese chico no vale un duro! ¡Un *desgrasiao*, eso es lo que es!

La puerta se cerró con un golpe seco, y Angi sintió un latigazo en el pecho. Salió corriendo casi sin ver por dónde iba. Las lágrimas le nublaban la vista, pero no se detuvo. Debía escapar: huir de la prisión en que se había convertido su casa.

No era la prohibición: era la memoria. Mary peinándola; enseñándole a coser; arropándola por las noches. Esas mismas manos, que antes la protegían, ahora levantaban los barrotes invisibles de una cárcel. Tal vez Mary gritaba menos por rabia que por un miedo que ni ella sabía nombrar.

Porque, al final, ¿qué madre puede ganar contra la juventud, contra el amor, contra el deseo de romperlo todo?

Angi corría sin rumbo. En las calles de Gibraltar, el eco de sus pasos perforaba el silencio. El viento salado le golpeaba el rostro húmedo. Quizá era una locura huir. Pero quedarse... quedarse le ahogaba; aceptar aquella rutina que su madre daba por hecha le pesaba demasiado. Y Angi no estaba dispuesta.

Se vio en un escaparate: el mismo negro azabache del pelo, los mismos ojos castaños que su madre tachaba de demasiado intensos. Se irguió; su silueta vibró con esa tensión de quien siempre está a punto de partir. Ser más alta que la media no bastaba para asomarse por encima de los muros que su madre alzaba a su alrededor.

La ciudad la recibió con su indiferencia habitual, con ese aire de sal y humedad que no cambia. Entre el asfalto y los transeúntes, corría Angi; como si buscara algo o a alguien. Y quizá era así: quizá huía; quizá seguía un latido extraño, torpe, que aún no sabía nombrar.

Aquella noche, mientras Mary dormía —o fingía dormir—, Angi supo que no podía postergarlo más. La maleta llevaba días preparada, escondida detrás del ropero: una muda, algunos libros, una libreta y un frasco de tinta que su padre le había comprado sin preguntas.

No era solo la rabia por la prohibición de su relación. Ni únicamente la injusticia de no ver a aquel chico. Era algo más hondo: la sensación de que su vida se decidía antes de que ella pudiera abrir la boca.

Y lo peor no era perder el control: era ese nudo que le decía que quizá nunca lo había tenido del todo.

Lo que creía suyo —lo que pensaba, lo que quería— estaba lleno de la voz de su madre, aunque no lo hubiera notado.

Llevaba años viviendo dentro de un marco invisible que solo entonces empezaba a distinguir, como una sombra nueva al fondo de su cuarto.

Su padre la encontró en la cocina. Encendió la lámpara, rebuscó en el bolsillo interior de la chaqueta y dejó sobre la mesa un sobre con dinero y una libretita de tapas verdes:

—Hay una dirección en Madrid. Un antiguo compañero. Tiene una librería y un altillo donde podrías dormir un tiempo —dijo, mirando al suelo—. Te ayudará con tareas allí para que te ganes unas pesetas; podrás matricularte en la universidad, en Filosofía, como querías. Yo te enviaré dinero para una residencia de estudiantes.

—No espero que mamá lo entienda, papá —respondió Angi—. Solo que no me detenga.

—Estás cruzando una línea, Angi. No hay vuelta atrás.

—Lo sé, papá —susurró ella—. Pero lo de este lado ya casi no me deja respirar.

—Entonces ve —dijo él, con una sonrisa torcida—. Y no pierdas la cabeza. Y... escribe, cuando puedas; eso te hará bien.

En Madrid, el frío tenía otra densidad. No era el viento salado del Peñón, sino una aspereza que se metía por los huesos. Las aceras eran grises; las miradas, cautelosas. Abundaban los signos que no se decían, pero se entendían.

Encontró la librería sin tardar demasiado, tras dar un par de vueltas por la manzana. Don Eloy la recibió con las manos manchadas de tinta y una cicatriz antigua en la frente. Le ofreció un catre en el altillo y un pacto tácito: mientras no hablara de más, estaría a salvo. Luego podría buscar con calma cómo ingresar en una residencia.

El reencuentro con su novio, estudiante para aparejador, fue breve y decepcionante. Más inmaduro de lo que recordaba, ya no se asomaba a la intensidad de sus sentimientos. Sonreía con indiferencia y hacía chistes que a ella ya no le hacían gracia. Entonces

lo entendió: no había llegado por él. No del todo. Había necesitado creer que huía con un nombre.

Durante el día, clasificaba libros, fichaba préstamos, atendía discretamente; por las tardes, Universidad Central; por la noche, tertulias en residencias, sacristías o pasillos de facultad: justicia social, deber cristiano con los pobres, derechos obreros, educación como liberación. No eran agitadores: maestros, seminaristas críticos, amigos de Juventud Obrera Cristiana, estudiantes de lecturas prohibidas.

Angi sabía desde niña que hay preguntas que es mejor no hacer. No porque nadie se lo dijera, sino porque, cada vez que lo hacía, alguien bajaba la mirada, como si recordar costara demasiado.

Pero, en algún momento —quizá cuando oyó por primera vez la palabra fusilado, o cuando vio a su madre esconder un libro detrás de la vajilla y decirle «esto no lo has visto»—, entendió que hay silencios que no se eligen, que se imponen, y que romperlos no siempre depende de valentía: a veces sin más le toca a uno.

Se matriculó en Filosofía y Letras, aunque a nadie parecía importarle qué carrera había elegido porque allí uno no acudía solo a formarse en teoría; en la práctica, se asistía para aprender otras cosas: a distinguir quiénes eran de confianza y quiénes no, a bajar la voz en ciertos lugares, a no escribir nunca un nombre real en una nota que pudiera perderse.

También fue comprendiendo, poco a poco, cómo moverse con la prudencia justa, con la convicción justa, con el miedo justo.

Por eso, cuando llegó a la universidad, cuando empezó a leer lo que no debía y a escuchar lo que no estaba permitido, cuando encontró en ciertos pasillos oscuros el eco de esas voces que en su casa nunca se habían pronunciado, no era tanto descubrir un mundo nuevo como sentir que volvía a uno viejo, uno que siempre había rondado su vida, aunque nadie hablara de él.

Aprendió a medir las palabras. También a reconocer cuándo callaba por miedo y cuándo por sensatez. Descubrió que la resistencia no se gritaba: iba en susurros, entre puertas entreabiertas y cafés tibios.

Angi se deslizó por el callejón oscuro, cruzó la puerta de servicio y descendió la escalera de caracol. Para ella, aquel trayecto suponía atravesar una frontera invisible: arriba quedaba el poder del incienso, el latín y la liturgia oficial; abajo, al acceder a la cripta de San Ramón Nonato, la realidad olía a sudor y a debate prohibido.

Una única bombilla desnuda pendía del cable trenzado, oscilando con un ritmo que proyectaba sombras trémulas sobre el ladrillo visto. El movimiento respondía a las pisadas en la nave superior, donde los fieles arrastraban los pies y el coro ensayaba cánticos amortiguados.

Aquellos ecos recordaban que el mundo seguía su curso, ajeno a ese subsuelo donde se hablaba de justicia social entre susurros, bajo un crucifijo austero de dos maderos que parecía mirar sin intervenir. Junto a él, un cartel de Acción Católica con el lema de la HOAC, «Ver, juzgar y actuar», destacaba en la pared.

Angi buscó sitio alrededor de la vieja mesa camilla, donde los jóvenes se apretaban no solo para conspirar en voz baja —evitando despertar a los fantasmas del régimen—, sino para combatir el relente de Vallecas con el calor agónico de un brasero de picón, cuyo olor a cisco se les pegaba a la ropa y tardaba horas en irse.

Era consciente de que no todos la miraban con buenos ojos. Su ropa, su acento, su manera de hablar delataban su origen, y algunos la observaban con recelo, como si en cualquier momento fuera a cansarse del esfuerzo y volver a la comodidad de su casa, como si nada de lo que hacía fuera más que un capricho pasajero; y convencidos, además, de que al final su destino no se parecería al de quienes lo habían perdido todo.

Con la primera carta que entregó, Angi entendió que el juicio sobre ella había cambiado. Que alguien, en algún lugar, había decidido que era de fiar. Caminó sin mirar a los lados; el sobre, entre las páginas de un catecismo. Al entregarlo, recibió solo un gesto breve con la barbilla. Con eso fue suficiente.

Sin embargo, sabía que no estaba a salvo. Ninguno lo estaba. Redadas sin aviso. Amigos que desaparecían. Nombres que no

se mencionaban. Decir uno en voz alta podía arrastrar a quien lo pronunciara.

Pasaron los meses y el invierno de Madrid se le metió en el cuerpo.

Una mañana, mientras Angi ordenaba unos libros en la trastienda, un agente de paisano entró en la librería. No levantó la voz ni pidió explicaciones, solo dejó sobre el mostrador un papel doblado que decía: «Pásese por comisaría a las 17:00 horas. Pregunte por el comisario Garcés de la Brigada Político-Social.» La mención no necesitaba más. Supo que no era un aviso amistoso.

No añadió nada, pero el modo en que la miró bastó para que Angi entendiera que no se trataba de una invitación.

En la comisaría la hicieron esperar en un pasillo estrecho, con olor a tabaco rancio y humedad. Cada minuto parecía más largo que el anterior. Cuando por fin la llamaron, el comisario Garcés —un hombre de rostro impasible, bigote meticuloso y manos que parecían hechas para golpear una mesa—la recibió sin invitarla a sentarse.

—Señorita Ísola —dijo, hojeando un expediente casi vacío—, nos han llegado ciertos comentarios. Reuniones en un sótano de Vallecas. Amigos que quizá no le convengan. Usted ya sabe de qué hablo.

Angi no respondió.

—No quiero verla metida en problemas —prosiguió él, con un tono que pretendía ser amable pero que no ocultaba la advertencia—. Está a tiempo de evitarse disgustos. Y de evitárselos a su familia. ¿Me entiende?

Lo entendió.

Aquel día, Angi regresó a la librería con las piernas aún tensas y una incomodidad que no sabía nombrar. No había sido una detención ni un interrogatorio severo ni nada que pudiera contar como un abuso. Pero algo había cambiado. La vigilancia era ya una sombra, y Angi comprendió que, a partir de ese momento, cada paso tendría un coste.

Su padre insistió en hablar con ella antes de que tomara cualquier decisión. La citó en Algeciras, con la excusa de que allí el tren llegaba con menos retrasos. En realidad, ambos sabían que era una despedida a medias, un espacio intermedio donde podían hablar sin la sombra de Madrid.

En la cafetería de la estación, Tomás dejó sobre la mesa el pasaporte británico de Angi, aún sin estrenar.

—Nunca lo usaste —dijo él, casi en un susurro—. Pero ahora puede salvarte.

Angi pasó los dedos por la portada azul oscuro, con el escudo dorado apenas desgastado.

—Tu madre nació bajo esta bandera —continuó él—. Y tú también. Nadie podrá impedirte estudiar allí. Filosofía, Letras... lo que quieras. Tengo un amigo en Gibraltar; su hermana vive en Oxford y mantiene buena relación con el Somerville College. Puede avalar tu ingreso y conseguirte alojamiento. Puedo escribirle.

Ella lo miró, desconcertada por la calma de su padre.

—¿Quieres que me vaya?

—Quiero que vivas —respondió él—. Y que nadie decida por ti. Aquí ya te han puesto los ojos encima. Allí tendrás tiempo, estudios, aire. No es una huida. Es una tregua.

No lo discutió. Él tampoco.

El acuerdo se selló en silencio.

Al día siguiente, embarcaron juntos hacia el Peñón. Desde allí, Angi tomaría un vuelo chárter a Londres. Su padre la despidió a pie de pista, con la ropa agitada por el viento del Estrecho. Ella quiso creer que aquello no era un adiós definitivo, sino una frontera más que cruzar.

Pensó en los abuelos, en el tío, en su padre cuando aún creía que el mundo podía ser distinto. Recordó a quienes no tuvieron opción de marcharse o no lograron huir. Ella sí podía. A veces, resistir no es luchar, sino saber cuándo irse para poder volver.

En Oxford encontró un frío distinto, más seco y afilado que el de Madrid. No era el viento salado del Peñón ni la humedad espesa

del Estrecho, sino un aire que parecía abrirle paso y encerrarla al mismo tiempo. Mientras avanzaba por Radcliffe Square, con la maleta todavía oliendo a viaje y el pasaporte británico guardado en el bolsillo interior del abrigo, sintió que entraba en una vida que no había tenido tiempo de imaginar.

Las calles respiraban una solemnidad que la intimidaba. Los estudiantes caminaban de prisa entre bibliotecas, capillas y jardines, que parecían demasiado ordenados para alguien que venía de un país roto. Cada paso sobre el empedrado era un recordatorio de lo lejos que estaba de todo lo que conocía. Y, sin embargo, también de lo cerca que estaba por primera vez de decidir sola.

Somerville College, donde se alojaría, le pareció un pequeño refugio dentro de un mundo demasiado antiguo para ella. Sus edificios de ladrillo claro, los senderos bordeados de arbustos y la luz tenue filtrándose por las ventanas le dieron una sensación extraña: no de hogar, pero tampoco de ajenidad absoluta. La recibió la hermana del amigo gibraltareño de su padre, una mujer de mirada práctica que le entregó la llave, explicó los horarios de las comidas y señaló el pequeño escritorio donde Angi podría estudiar. Ella agradeció ese tono neutro, casi administrativo; cualquier gesto de excesiva ternura la habría quebrado.

Las primeras noches durmió poco. Escuchaba el murmullo de la lluvia contra la ventana —un sonido constante, disciplinado— y sentía que su vida se había vuelto desconocida para sí misma. Había huido y no había huido. Había llegado y no había llegado.

Comprendió que el exilio también podía empezar así: sin fronteras visibles, sin estampidas, sin despedidas estruendosas. Bastaba con que nadie dijera tu nombre al otro lado del mar.

En la Faculty of Philosophy la miraban con una mezcla de curiosidad y cautela. Para muchos, España era un capítulo cerrado en los libros de historia; para Angi, una herida reciente. Algunos compañeros le pedían que les contara «cómo era vivir allí», con un entusiasmo que a veces rozaba la condescendencia. Ella sonreía, pero

evitaba entrar en detalles. ¿Qué iba a explicarles? ¿Que la guerra nunca termina del todo? ¿Que, a veces, un aviso en una comisaría pesa más que un exilio entero?

Una tarde, mientras cruzaba el *quad* de Somerville con un ejemplar de *La Regenta* bajo el brazo, alguien la llamó por su nombre. No por Angi.

—Ángela —dijo la voz.

Se detuvo al instante.

Supo entonces —con esa certeza que solo da el pasado cuando alcanza al presente— que lo que había dejado atrás no estaba tan lejos como creía. Lo supo con un leve vuelco en el estómago: algo de su vida anterior la había encontrado.

Mientras ella se giraba hacia la voz, a miles de kilómetros, en la altiplanicie del Himalaya, una historia ajena empezaba a agitarse...

CAPÍTULO 3. EL GRAN DILEMA: NEGOCIAR O RESISTIR

Septiembre 1950

Lhasa. Palacio de Potala. Tíbet

El aire de Lhasa, en aquel verano de 1950, parecía contener el aliento. En los pasillos laberínticos del Potala, cada sombra parecía alargarse, cada susurro un eco de la inquietud que atenazaba el Techo del Mundo. Ngabö Ngawang Jigme, *kalön* del *Kashag* —el consejo de ministros— y gobernador general del Tíbet Oriental, sentía esa tensión como una presión física. Su nombramiento en 1949 lo había situado en el epicentro de la tormenta que se avecinaba, como máxima autoridad civil y militar de Lhasa en las estratégicas regiones orientales de Kham y Amdo.

Encontró al Dalái Lama junto a uno de los grandes ventanales. Con solo quince años, Tenzin Gyatso ya cargaba con el peso de siglos. Su mirada, normalmente serena, se perdía en el valle, y las montañas imponentes que lo abrazaban parecían ahora los barrotes de una jaula dorada. La noticia había llegado: Mao Tse-Tung no bromeaba. La *liberación* del País de las Nieves era inminente, y el trueno de su anuncio resonaba aún en cada rincón del palacio, dejando a Lhasa en un estado de conmoción e incertidumbre.

Ngabö cruzó el umbral, su rostro una máscara sombría. El Dalái Lama lo conocía bien: un hombre de mente aguda y progresista, atrapado entre la tradición y un futuro incierto, a menudo criticado por una franqueza que rozaba el peligro.

—Su Santidad. —La voz de Ngabö era apenas un murmullo, pero cortó el silencio. Se inclinó en señal de respeto—. La situación es grave. El Ejército Popular chino avanza con una rapidez implacable. Nuestras tropas... no podrán detenerlos. Ya no son simples

incursiones; han consolidado su poder en Kham y Amdo. —Hizo una pausa, dejando que la brutalidad de la información calara—. Mis informes dicen que Mao agrupa a miles de soldados al otro lado del río Drichu, en nuestra frontera. Intuyo que preparan un ataque directo. Quieren forzarnos a dialogar sobre nuestra independencia, sí, pero lo harán apuntándonos al corazón.

El Dalái Lama asintió, la mirada fija en el valle. La belleza estival de Lhasa, los colores vibrantes de Norbulingka allá abajo, parecían ahora irreales, frágiles ante la sombra que se cernía desde el este. Incluso el Potala, su fortaleza, su hogar, se sentía de pronto expuesto, vulnerable.

—Pekín nos insta a enviar una delegación —dijo el joven líder, su voz sorprendentemente grave—. Hablan de liberación, de buscar un acuerdo. —Se giró, y Ngabö vio la tormenta en sus ojos—. Pero también he recibido mensajes de los americanos. —Su tono se apagó—. Me urgen a exiliarme. A denunciar a China. Prometen apoyo, ayuda...

Ngabö guardó un silencio tenso, cada segundo una eternidad.

—Promesas etéreas, Santidad. El apoyo de los americanos es voluble, condicionado por los intereses de la India. No podemos arriesgar el futuro de nuestra nación a esa carta incierta.

El Dalái Lama se volvió hacia él, con el ceño fruncido.

—¿Y qué propones tú, Ngabö? ¿Aceptar la derrota? ¿Entregar nuestro país a los comunistas?

—¡No! —respondió Ngabö con firmeza—. Propongo negociar. Es nuestra única baza realista. Según mis contactos, el acuerdo que ofrecen garantiza la autonomía cultural y religiosa. Respetarían nuestro gobierno y a su santidad. Nos permitirían modernizarnos. Es una oportunidad, quizás la única, que no debemos despreciar.

—¿Confías en ellos, Ngabö? —replicó el Dalái Lama—. ¿Confías en quienes ya han roto sus promesas en el pasado? ¿Qué nos impide pensar que no volverán a hacerlo?

—No confío, Santidad. Calculo —explicó Ngabö—. El mundo nos observa. Pekín no puede permitirse un escándalo internacional, un

conflicto abierto... al menos, no todavía. Debemos usar la diplomacia, la inteligencia. Demostrar que podemos ser un país nuevo sin dejar de ser nosotros mismos.

El Dalái Lama caminó por la estancia, sus pasos apenas audibles. Se detuvo. La luz que entraba por la ventana iluminaba la determinación que nacía en su rostro juvenil.

—Tienes razón. El miedo no puede ser nuestro guía. —Se irguió, su figura menuda cobrando una autoridad ancestral—. De acuerdo, Ngabö. Prepara una propuesta para el *Kashag*. Enviaremos una delegación a Pekín. La encabezarás tú. —Hizo una pausa—. Hablar no es ceder. Defenderemos nuestra independencia, garantizaremos nuestra neutralidad. Construiremos un nuevo Tíbet.

Ngabö sintió el peso del mundo descender sobre sus hombros. Asintió, una mezcla de alivio y pavor recorriéndole.

Ya a solas en su despacho, la soledad amplificó la tormenta interior. Ngabö recorría la sala, sus pasos largos, inquietos. La ilusión de la diplomacia se había hecho añicos contra la realidad de los batallones del ELP. La pregunta lo martilleaba: ¿dialogar o luchar? El exilio era una traición. La resistencia armada, un suicidio. ¿Qué quedaba?

Se detuvo ante la ventana. Lhasa, su ciudad sagrada, dormía bajo un manto de estrellas indiferentes. Los tejados dorados parecían susurrar historias milenarias, ahora amenazadas. Un nudo de acero se formó en su garganta: frustración, impotencia, un miedo atroz por su pueblo.

Pero Ngabö era un estratega. Su mente analítica buscaba fisuras, consideraba opciones con implacable frialdad. Recordaba la fe del Dalái Lama, pero también las advertencias de los viejos sabios. *Nuestra nación debía cambiar, abrirse, pero ¿cómo hacerlo sin perder el alma?* La respuesta, para él, seguía siendo la misma: un acuerdo. Una autonomía real, un equilibrio delicado pero vital. Oponerse con inteligencia, no con las armas. *Proteger nuestra tierra desde dentro.*

Sabía que sería acusado de tibieza, quizás de traición. Pero no veía debilidad, sino la única forma de supervivencia. Con la mirada

fija en el horizonte invisible, se hizo una promesa: lucharía. Por su gente, por su historia. Por un Tíbet que debía encontrar su lugar en el siglo XX sin traicionarse.

Pero sabía que el progreso, si llegaba, exigiría un precio terrible.

Hizo llamar a Thupten Lekmön, un *Rimshi*, un alto funcionario monástico que representaba, en cierta forma, a la estructura de la poderosa comunidad monástica. Ngabö necesitaba una voz distinta, una conexión con la realidad de su tierra y la fe.

El rostro ojeroso de Ngabö reflejaba la enorme responsabilidad y las jornadas dedicadas al estudio del acuerdo. Se sentó frente a Thupten, que ya lo esperaba y había elegido un asiento en la penumbra. Su rostro curtido reflejaba una calma que Ngabö envidiaba y temía. Las velas parpadeaban, proyectando sombras danzantes.

—No entiendo tu postura, Ngabö. —La voz de Thupten era áspera, sin preámbulos—. ¿Cómo puedes siquiera plantearte parlamentar con ellos? ¿Ofrecerles nuestro Tíbet en bandeja?

Ngabö suspiró.

—Thupten, la realidad nos aplasta. El gobierno de Mao es un gigante. Nosotros...

—¿Nosotros qué? ¿Somos un pueblo atrasado? —replicó Thupten, la indignación vibrando en su voz—. Nuestra cultura, nuestra fe... ¿eso no cuenta?

—Claro que cuenta. Es lo único que cuenta —respondió Ngabö, inclinándose hacia él—. Pero no podemos negar lo evidente. El mundo ha cambiado. Necesitamos herramientas para sobrevivir, no solo para rezar. Caminos, escuelas...

—¿A cambio de lo más esencial de nuestro ser? —espetó Thupten—. ¿De ser un títere de Pekín?

—No es rendirse. Es *sobrevivir* para poder seguir siendo. El acuerdo nos da margen, nos da tiempo.

—No me fío de sus palabras —insistió Thupten, cruzándose de brazos—. Sus promesas son veneno dulce. Buscan dominarnos.

—¡Pues resistamos con inteligencia! —replicó Ngabö, su voz subiendo un tono—. ¡Usemos sus propias reglas, su propio lenguaje! Fortalezcamos nuestras raíces mientras abrimos ventanas, no para que entre el huracán, sino para que entre el aire.

—¿Y si el aire está envenenado, Ngabö? —murmuró Thupten; y su pregunta flotó en el aire, pesada, terrible.

Ngabö bajó la mirada.

—El avance solo es posible cuando renunciamos a lo que ha cumplido su ciclo. Pero lo esencial... lo esencial debemos protegerlo. Con uñas y dientes. Con astucia.

—Lo esencial es frágil cuando los imperios llaman a la puerta —dijo Thupten, con gesto sombrío.

—No si somos nosotros quienes decidimos qué es esencial —afirmó Ngabö, encontrando su mirada—. No desde la sumisión. Desde la dignidad. Podemos hacerlo. Y tú estarás conmigo negociando el acuerdo en Pekín.

Thupten lo miró en silencio. La hostilidad había menguado, reemplazada por una profunda duda, quizás por una infinitesimal chispa de posibilidad.

Entre ambos, el silencio ya no era distancia. Era el abismo que separaba dos formas de amar una misma tierra.

El Tíbet no solo se debatía entre China y el mundo. Se debatía entre el impulso de aferrarse al pasado y el terror de cabalgar un futuro que amenazaba con devorarlo.